



Por un
Beso

Danperjaz L.J.

Por un beso

Danperjaz L. J.

Por un beso

© 2019 Danperjaz L. J.

Código de registro: 1902069877670

Corrección: Sheila Salazar.

Fotografía: Pixabay.

Portada: Candis Benítez.

Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mi Angelito y para mi Cachi, por ser la mejor. A Sheila, por estar siempre.

Índice romántico ♥

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Agradecimientos

Sobre el autor:

«Un objeto no necesita ser grande para tener gran masa; esta chica tan pequeña como una violeta, esa chica a la deriva en el cielo como los pétalos de una flor, me atrae a ella con una fuerza mayor que la que ejerce la tierra.

En un momento me caí y rodé hacia ella, sin rima ni razón, como lo hizo la manzana de Newton. Con un golpe, mi corazón saltó desde los cielos hasta la tierra en un movimiento pendular vertiginoso. Tal fue el momento cuando me enamoré por primera vez.»

Goblin

Capítulo 1

Dicen que cuando te enamoras por primera vez, es como si el mundo tomara otro color. Es como flotar, como si las flores se abrieran en ese mismo momento, como si interminablemente fueses sobre una montaña rusa de emociones. Y las sensaciones en el estómago al ver a esa persona sonreír. Una punzada tras otra en el pecho y un hueco que no se termina de llenar. Al menos para Miranda Foster lo fue así. Conocer a Rogelio Sambrano fue como detener el auto justo antes de un impacto inevitable.

Según sus conclusiones sacadas a base de experiencias pasadas, el amor era como el premio mayor de un boleto de lotería, solo unos pocos pueden gozar de esa suerte. En su caso llevaba años con muchos boletos de lotería, pero ninguno salía premiado.

Miranda no era una mujer que cayera enamorada a los pies de ningún hombre. Tuvo su primera relación sexual a los quince años, con el amigo de su hermano Roberto, porque simplemente quería saber qué era el sexo. Para su desagrado, no fue ni la mitad de lo que le contaban sus amigas. A los dieciocho, ya había tenido tres parejas sexuales, y en ninguna Miranda se sintió enamorada. La única cosa que la llevaba a tener a alguien a su lado, era la idea de que el sexo era una vía de escape para los problemas. Sin embargo, después de conocer a Rogelio fue como si descubriera un mundo completamente distinto.

Lo vio por primera vez mientras entraba hecho un manojo de nervios a la organizadora de eventos que ella llevaba con Francis, su mejor amiga. Le pareció un tipo común, con todos los aspectos promedios de un hombre que ronda en sus treinta años. Alto, de cabello negro, la nariz un poco chata, por algún golpe mal cuidado, luego estaba esa sonrisa torcida, y el color negro de sus ojos. Para nada su tipo. Lo de ella eran hombres musculosos, altos, con la fuerza suficiente para llevarla en brazos. Esos eran los tipos de hombres para Miranda.

Hasta que de verdad se fijó en él. Una tarde mientras la lluvia le golpeaba la cara, y sentía los brazos de Rogelio a su alrededor, entonces fue consciente de la verdadera belleza de ese hombre. Rogelio la salvó de darse un tremendo golpe contra el suelo. La rodeó con los brazos y fue como si el mundo se detuviera.

En ese momento no lo supo, pero ya estaba enamorada irremediablemente.

Trató de buscar un millón de excusas para sacarlo de su cabeza después de ese encuentro, pero todo fue inútil. A pesar de que él solo tenía ojos para Francis, no fue motivo suficiente para detener los sentimientos que crecían. Sus parejas sexuales no la satisfacían, y terminó dándose por vencida. Lo de ella era un deseo descomunal que necesitaba apagar.

Lo vio cada día conquistar a su mejor amiga. Lo vio hacer todo lo que nunca habían hecho por ella. Y también lo estaba viendo en ese momento frente a su puerta con la corbata hecha jirones, el saco de su traje arrugado, el cabello alborotado y un aliento a alcohol que era la muestra de su corazón roto.

—Rogelio.

—Mir, lo lamento pero no sabía a donde ir.

Miranda le pasó un brazo por debajo y lo ayudó a entrar en su pequeño piso. No era tan flamante como soñaba desde que tenía doce años, pero tenía la satisfacción de que ella pagaba sus deudas y el alquiler. Y era tan independiente como su trabajo se lo permitía.

Rogelio se tambaleó en medio de la sala antes de dejarse caer en el mueble llevándosela a ella de paso.

—¿Quieres decirme qué está pasando contigo? —inquirió, aunque sabía la respuesta.

A pesar de los intentos de Rogelio por conquistar a Francis, ella entregó su corazón a otro hombre.

Rogelio terminó de desanudarse la corbata y la tiró hasta el otro lado del mueble.

—Creo que tengo el corazón hecho pedazos —respondió él. A Miranda le dolió verlo de esa manera. Le dolía verlo sufrir y no poder hacer nada por alejar su tristeza. Lo único que le quedaba era quedarse a su lado hasta que pudiera hacer otra cosa además de hacer tirones su traje.

—Lamento que las cosas acabaran de ese modo. —Rogelio sonrió apenas, sin siquiera mirarla.

—Yo sólo quería hacerla feliz, y que se enamorara de mí.

—Lo sé, pero en el corazón no se manda —respondió, tentada a tocar su mejilla, acariciarle. De pronto la idea de tocarlo le hizo sentirse llena de pánico—. Uno se enamora de quien menos se lo espera.

Rogelio eligió ese momento para mirarla a los ojos. Se vio de pronto abrumada por su mirada, por la profundidad de sus pupilas y por un delicioso

retortijón en el estómago que la llenó de nervios.

—¿Te has enamorado alguna vez? —Miranda asintió—. Espero que no sientas jamás lo que yo en este momento. Que tu amor por esa persona sea correspondido.

Ella sonrió.

—Él no sabe que lo amo.

—Pues debería enterarse.

—¿Tu crees? —él movió la cabeza. Luego se echó atrás en el mueble y dejó escapar un largo suspiro.

—Si estás enamorada deberías decírselo, él se lo merece y tú también. No ama más aquel que pregona su amor, sobre el que calla, pero creo que algo como eso no debería ocultarse.

Miranda soltó una risita que hizo recomponerse a Rogelio sobre el mueble para mirarla otra vez.

—No creo que él esté ni un poco interesado en mí.

—Pues es un idiota.

—Sí, un completo idiota —convino ella. Luego se giró a mirarlo de nuevo—. ¿Quieres algo de cenar? No te ofrezco algo de beber porque no mantengo alcohol en casa, pero si tú quieres podemos comprarlo.

—No era mi intención causar molestias. Pero siendo sincero cuando me corrieron a patadas del bar fue el primer lugar al que pensé venir.

Miranda se levantó del mueble.

—Me alegro que lo hayas hecho. Te iré a preparar un café y un sándwich para cenar.

Fue hasta la cocina, le preparó el sándwich y el café, y regresó a la sala con él. Se sentaron juntos en el comedor en completo silencio. Fue Rogelio quien comenzó a hablar.

—Te debo algo, por recibirme en tu casa.

Miranda se cubrió un poco más con los brazos.

—No es nada. Lo haría por cualquier amigo.

—No es mi costumbre, así que en cuanto tenga oportunidad, te llevaré a consentirte a algún lado.



Esa oportunidad se dio cuando Francis decidió irse el fin de semana con Henry a Santa Mónica. Estaba con la cabeza metida en la sesión fotográfica de

una de las novias cuando el mensaje de Rogelio la sobresaltó.

Miranda sabía que era él porque reconoció el tono de mensaje que le había asignado para no responder como loca sus mensajes, pero en ese momento no funcionó. Porque por más que trató de no mirarlo, recogió el teléfono del escritorio lo más rápido que pudo.

ROGELIO

Ey, guapa, ¿te apetece ir a comer?

Sin poder evitarlo comenzó a escribir

MIRANDA

¿A dónde?

ROGELIO

Tú confía en mí.

Miranda sonrió y escribió de nuevo.

MIRANDA

Mi abuela decía que los hombres no son de fiar.

La respuesta de Rogelio tardó en llegar y por un momento tuvo miedo de no recibirla.

ROGELIO

Parece que tu abuela sabía muchas cosas, así que toma en cuenta sus palabras, no te fíes de los hombres, solo de mí.

Miranda se echó a reír mientras se echaba hacia atrás en el asiento de cuero.

MIRANDA

Okay, a las 4

Cerró los ojos y solo fue capaz de sentir ese cosquilleo en el estómago que sentía cada vez que sabía que iba a verlo.

Rogelio llegó a las 4 en punto. Estaba guapísimo con un traje azul y una camisa blanca a juego. El cabello levantado en puntas con gel fijador y una sonrisa tremendamente sensual que le dedicó cuando la vio salir de la organizadora.

—Al menos eres puntual —bromeó ella saludándole con un beso en la mejilla.

—Una de mis cualidades más notorias, aunque de vez en cuando soy un poco lento para ciertas cosas, y tardo en llegar.

La imaginación de Miranda comenzó a trabajar a prisa. Se lo imaginó entre sus piernas, penetrándola lentamente hasta llevarla al orgasmo. Sonrió para alejar aquellos pensamientos pecaminosos y subió al coche.

Durante el camino puso música variada en el estéreo, mientras platicaban y decidían sobre cuál era el mejor lugar para disfrutar de unas buenas copas. Hasta que comenzó a sonar *La Macarena* entre la lista de reproducción y Miranda se puso a cantar imitando el movimiento del baile con sus manos.

—Esta es el tipo de música que te sacude el cuerpo —alegó ella al notar que la miraba divertido. Rogelio esbozó una sonrisa más grande al ponerle atención a la letra de la canción.

—¿Eso es salsa?

Miranda negó.

—¿En qué mundo has vivido que no sabes reconocer cuál es la música de salsa?

—Yo en un rancho con mis padres, no sé tú.

—Eso lo explica. Eres algo así como un neandertal, pero con un poco más de cerebro.

—No tengo idea si eso ha sido un cumplido o no.

—Tú confía en mí, guapetón —respondió guiñándole el ojo. Rogelio se echó a reír.

Cuando se detuvieron en una cafetería, Rogelio le abrió la puerta del auto, comportándose como un completo caballero. Luego, le abrió la silla para sentarse y se sentó frente a ella con esa actitud que tanto le gustaba. Sus cejas eran un par de líneas negras que se movían interrogante mientras leían. Se quedó mirándole más tiempo del que hubiese deseado, pero cuando se dio cuenta, él ya la miraba sonriente.

—Si sigues mirándome de esa manera, pensaré que te gusto.

Miranda dio un brinco en su silla ignorando el salto que también acababa de darle el corazón.

—No tienes tanta suerte.

—Eso pensé.



Miranda fue el fin de semana a la casa de Roberto, su hermano, porque él y su mujer acababan de tener su primer bebé. Roberto era un hombre muy inteligente y maduro, pero en temas relacionados a su mujer e hijo, era un completo inútil. Miranda recibió una llamada esa mañana porque Roberto era incapaz de prepararle una comida decente a su recién aliviada esposa. Así que Miranda tomó el coche y manejó hasta la pequeña casa de su hermano.

Lo encontró hecho un lío en la cocina donde no podía preparar un caldo de pollo para almorzar.

—Ey, grandulón —dijo dándole un beso—, déjalo ya, yo termino.

Roberto tenía el cabello negro alborotado y unas ojeras tremendas debajo de los ojos. Llevaba una sport blanca que dejaba ver su cuerpo musculoso y un pantalón gris que le caía de las caderas. Su cara fue de completo alivio al verla.

—Creo que me volveré loco. No sé lo que quiere mi hijo, por las noches llora y... —soltó un suspiro antes de rascarse la cabeza.

—Tranquilo, es algo normal en los bebés... supongo —Roberto no pareció muy contento con su respuesta, pero fue hasta la nevera y sacó una botella de jugo, antes de preguntarle cómo estaba. Su hermano era algo así como un *Hulk* pero sin el color verde. Y con un poco mejor humor, pero eso no le quitaba lo sobreprotector ni lo gruñón a veces. En ocasiones bromeaba con su cuñada diciéndole que le había dado “*Toloache*” para domar a la bestia, a lo que él siempre respondía con un gruñido.

—Habló mamá, que llegan mañana. Y los tíos nos mandan saludos, nos perdonan no haber ido estas vacaciones.

—Me habría encantado ir a México, pero Francis y yo tenemos la agenda llena.

Le dio un sorbo a su jugo de naranja, luego sonrió a su hermano.

—A pesar de lo acabado que te ves, pareces feliz —inquirió ella tomándole de la mano por encima de la mesa. Roberto no aguantó más y jaló a su hermana para abrazarla.

—Es tan pequeño y tan frágil, que siento que debo protegerlo de todo. Miro sus manos, cuento sus deditos y me dedico a velar sus sueños.

—Te entiendo, grandulón.

—No sabes lo enamorado que estoy de Alejandra, ella y mi bebé son lo más importante.

Miranda soltó una risita y le pasó la mano por la espalda a su hermano.

—Quién lo iba a decir. Tú, el hombre sin remedio, con corazón de piedra, te has convertido en todo un hombre de hogar.

Antes de conocer a Alejandra, Roberto pasaba la mayoría del tiempo en peleas clandestinas, y hacía dinero fácil. Sus puños habían destrozado mandíbulas y golpeado sin piedad. Hasta que una pelea no salió como esperaban y terminó ingresado en el hospital con más de tres costillas rotas y una fractura de brazo. Entonces conoció a Alejandra que era su médico. Y fue

instantáneo. Comenzaron a salir una vez que Roberto se recuperó y ella lo instó a dejar las peleas clandestinas y ocuparse en algo legal. Ahora Roberto llevaba un taller de autos y ganaba lo bastante bien como para darle una vida decente a su esposa e hijo.

Imaginárselo al lado del pequeño bebé tan delicado y él con manos toscas, le hacía suspirar de ternura. Su grandulón hermano ya no era ningún ogro.

—Creo que debemos llevar ese caldo de pollo a la recámara de Ale, debe estar muriendo de hambre.

Roberto sonrió y se alejó para darle espacio.

—Gracias por venir.

—Siempre que me necesites.

Su teléfono sonó en ese momento y reconoció al instante de quien era por el tono. No abrió el mensaje de inmediato, e intentó controlar su ansiedad por responder hasta que Roberto subió con el plato de comida para su cuñada y se quedó sola en la cocina.

ROGELIO

Hay un club donde tocan música salsa, me interesa mover el esqueleto.

Miranda soltó una risita mirando el mensaje, y luego el emoticón de un hombre de discoteca bailando.

MIRANDA

Dale a tu cuerpo alegría macarena.

Respondió con un par de emoticones sonrientes.

ROGELIO

¿Eso es un sí?

MIRANDA

Lo arruinas, debes seguirme con la canción. Y definitivamente es un sí.

ROGELIO

¿Que tu cuerpo es para darle alegría y cosa buena?

Miranda soltó una carcajada y se tapó la boca para no despertar al bebé que dormía.

MIRANDA

Eres pésimo. Ya aprenderás.

Su hermano carraspeó desde la puerta de la cocina. La miraba con curiosidad, pero esperó a que ella terminara de mandar sus mensajes. Cuando ella lo miró solo fue capaz de sonreír.

—¿Debería golpearlo? —inquirió él con los brazos cruzados por encima del pecho dándole ese aire de chico rudo.

—No entiendo por qué...

—Tienes la misma sonrisa que cuando descubrí que salías con mi mejor amigo.

Miranda se levantó de la mesa y soltó otra carcajada.

—Sí, pero este gracias al cielo no es tu mejor amigo.

—Más a mi favor.

Miranda le dio un apretón de mejillas a su hermano y esperó a que él hiciera lo mismo.

—Me voy grandulón, llama si necesitas que venga a salvarte de nuevo.

Se despidió de su cuñada y le dio un beso al bebé antes de salir de casa.



El club nocturno estaba lleno de gente, pero según las indicaciones del amigo de Rogelio, estaba casi vacío a esas horas y era entrada la madrugada cuando se ponía en ambiente. Aun así a Miranda le pareció que había ambiente suficiente para divertirse. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba de una buena salsa, ni de un buen rato donde no tuviera que preocuparse de los pendientes.

Rogelio la llevó hasta una mesa donde pidieron un par de cervezas para comenzar a beber algo. Mientras la música sonaba y su cuerpo se movía sin que pudiera evitarlo.

—Parece que tu cuerpo te pide bailar.

—La sangre latina que corre por mis venas, me lo pide —dijo sonriente.

—¿Latina? —Miranda asintió y movió los brazos con la música, antes de responderle.

—Mis padres son migrantes mexicanos. Nosotros nacimos y crecimos aquí, y aunque ya hace un buen tiempo que ellos volvieron a México, decidimos quedarnos.

Rogelio se levantó de la mesa y le tendió una mano para invitarla a bailar.

—¿Sabes cómo bailarla?

Rogelio negó sonriente.

—No, pero vas a enseñarme.

Miranda se levantó de la mesa con una enorme sonrisa y tomó la mano que le ofrecía. Casi al instante la electrizante energía que la recorrió por todo el cuerpo, despertó muchas emociones en su interior.

Rogelio se veía tan feliz, que se alegró de que estuviera recuperándose de

su desilusión amorosa. Y cuando la tomó de la cintura para meterla entre el mar de gente, se permitió fantasear más de lo que debía.

Se movieron al ritmo de *Marck Anthony*, mientras tomaba las manos de Rogelio para que imitara sus movimientos.

—Bailas mejor de lo que pensé —dijo cuando él siguió el ritmo solo.

—Creo que soy un bailarín nato.

Ella soltó una carcajada antes de mover los hombros al ritmo de la música y dar una vuelta. En un segundo estaba mirando a la gente y al siguiente, estaba tan cerca de Rogelio que podía sentir su calor y su respiración. La mirada de Rogelio cayó sobre sus labios, y sintió la chispa crecer dentro de ella. Por primera vez desde que lo conocía, sentía que la miraba realmente.

Entonces, Rogelio le pasó una mano por la cintura y la pegó todavía más a su cuerpo. Le acarició la mejilla y supo enseguida que iba a besarla. Deseaba que lo hiciera, deseaba sentir sus labios, fantaseaba con ese beso más de lo que podía admitir, pero el miedo la invadía a partes iguales que su curiosidad.

Él estaba enamorado de Francis y si la besaba solo estarían jugando a experimentar. Y ya estaba harta de experimentar. No quería enamorarse y terminar con el corazón roto. En su experiencia, el primer amor nunca acababa bien. Francis y Peter eran un ejemplo.

Cuando Rogelio le tomó la cara entre las manos, Miranda cerró los ojos y se negó a que ocurriera.

—No me beses —pidió, casi en un susurro. Rogelio la escuchó a pesar de la música. Abrió los ojos, y cuando lo hizo él la miraba. El corazón le dio un vuelco al mismo tiempo que su estómago. Se deleitó observando sus ojos negros y su cara austera. Se lamentaría, pero era mejor así.

—Lo lamento —dijo alejándose de ella. El calor de su cuerpo dejó de envolverla y sintió tanto frío como tristeza en su corazón.

Eso arruinó lo que era una noche magnífica hasta ese momento, porque a pesar de que intentaron hablar de otra cosa, el daño ya estaba hecho. No podían ni volver a mirarse a los ojos sin pensar en lo que podría haber pasado.

Capítulo 2

Rogelio Sambrano sintió que el corazón le dio un brinco en el pecho. Algo que jamás le había pasado en la vida. No al menos mientras veía los labios de una mujer, no mientras la rodeaba con los brazos y la tenía tan cerca como para sentir su respiración.

Creía firmemente en el amor, porque lo había visto con sus padres. Con sus abuelos y con la mayoría de los integrantes de su familia. Todos matrimonios jurados hasta la muerte que cumplían su promesa con amor y dedicación por su familia. Era el hijo mayor de un matrimonio con dos hijos. Y jamás en todos sus años de vida había escuchado una discusión entre sus padres. No era ignorante de que todos los matrimonios pasaban por momentos difíciles, pero según su padre, la clave para la felicidad era nunca irse peleados a dormir. Entre sus padres era una regla inquebrantable. Y así llevaban más de cuarenta años de casados. Por esa razón, Rogelio creía en el amor, porque lo vivía cada día. Así que cuando conoció a Francis y lo cautivó con sus ojos verdes, con esa melena rubia y esa manera de andar tan propia de ella, supo que sería la mujer con la que quería casarse.

Lo supo porque Francis era amable, educada, y cada que la veía, sentía la necesidad de pasar tiempo con ella. Se divertían mucho cuando estaban juntos, aunque le había costado mucho llegar a ese acercamiento. Usó todo su arsenal hasta lograr que Francis aceptara salir una sola vez con él. Puesto así, Rogelio sabía que estaba enamorado de Francis. Pero entonces, ¿por qué en ese momento teniendo a Miranda Foster tan cerca, sentía que el corazón iba a salirse por la boca?

Miranda era un polo opuesto de Francis. Era morena, de baja estatura y usaba unos lentes que le hacían ver como esas secretarias aburridas. Aunque sus conclusiones de esos últimos días era que Miranda no era para nada aburrida. La había visto mientras bailaba y se movía desinhibida al ritmo de la música. La manera en que sus mejillas se sonrojaban cuando estaba acalorada y el negro de sus ojos, que fueron como un retortijón en el estómago cuando dio vueltas al ritmo de Marck Anthony y lo miró.

Fue como si algo le subiera por el estómago, las manos le temblaron y la respiración se le disparó al sentirla tan cerca. Y de todas esas sensaciones, ninguna fue capaz de sentirla con Francis. En conclusión, Rogelio estaba

experimentando un enamoramiento aun sin saberlo. Su cara debió ser todo un lienzo, porque Miranda abrió los ojos sorprendida y luego los cerró tan fuerte y apretó los labios.

Y cuando la escuchó pedirle que no la besara fue consciente de lo que había estado a punto de hacer. Se alejó de ella, porque de lo contrario las ganas de sentir sus labios hubiesen sido más grandes que su control.

Para cuando la dejó en su casa casi a las doce de la noche, se sentía un completo idiota por haber arruinado la noche de esa manera así que decidido a no seguir cometiendo errores, se fue a casa y destapó otra botella de cerveza y se recostó a pensar en lo que le estaba sucediendo. Al terminarse la botella, suspiró y cerró los ojos por un momento.

Al abrirlos de nuevo, el sol ya se filtraba por las cortinas blancas de su habitación, y escuchaba los ruidos provenientes del exterior. El teléfono comenzó a sonar al mismo tiempo que se ponía de pie. La espalda le reclamó el haber dormido en el mueble, pero se obligó a estirarse un poco antes de responder el teléfono.

—Buenos días, ingeniero Sambrano —la cabeza le palpitó con fuerza, no por la resaca, sino por el desvelo y la mala posición al dormir. Ya no estaba en edad para esas cosas, no era viejo, pero tan poco un jovencito.

—Buenos días —respondió llevándose una mano al puente de la nariz.

—La maquinaria nueva nos llega mañana, y con esto el traslado termina. Según Carlos, podemos empezar pasado mañana con la excavación e ir haciendo los ultrasonidos de las tuberías.

Rogelio volvió a sentarse sobre el mueble y suspiró antes de mirar el reloj de pared, eran casi las nueve de la mañana.

—Habla con Carlos para que empiecen. Voy a terminar el papeleo acá y estaré en un par de semanas en Montana. No muevan nada de las tuberías hasta tener los ultrasonidos.

Después de colgar, fue directo a la regadera, se afeitó la barba y cuando salió se engominó el cabello con gel fijador y se roció colonia en el cuerpo, antes de colocarse una camisa de cuadros roja y unos vaqueros azules.

Al salir de su casa, el teléfono volvió a sonarle. Era un mensaje de su hermana Renata, y antes de que pudiera verlo, una llamada de ella parpadeó en la pantalla.

—Buenos días, renacuajo —la molestó.

—No estoy para juegos, Rogelio, ¿me puedes explicar la fotografía que te envié, por favor?

—¿Cuál fotografía? —inquirió alejándose el teléfono para mirar el *WhatsApp* que le acaba de enviar su hermana. Al abrirlo, una imagen de captura de pantalla donde Francis ponía la fecha de su boda en redes sociales lo recibió como un balde de agua fría. Vaya, después de todo si estaba enamorado de ella, porque el dolor que sentía en ese momento era real.

Cerró el mensaje y volvió a pegarse el teléfono.

—Supongo que la boda de Francis, renacuajo.

Escuchó a su hermana soltar un suspiro.

—Ya lo sé, pero creí que tú y Francis... ya sabes —murmuró nerviosa.

—Bueno, así es esto del amor, a veces se gana y a veces se pierde, ahora me tocó a mí.

—Me niego rotundamente —alegó Renata—. Yo la quería para cuñada, ella y tú hacían una pareja estupenda.

—Sabes que me haces sufrir con tu comentario, ¿verdad?

Rogelio llegó hasta su automóvil y abrió mientras se pegaba el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Mamá dice que debes venir a casa antes de irte a Montana, que te va a consentir.

—Dile a mamá que lo haré. Ahora debo ir a trabajar, cuídate, renacuajo.

Colgó la llamada y entró en el auto. Luego se quedó pensando en lo que acababa de ver. Francis iba a casarse. Sabía que lo haría, pero sentía una opresión en el pecho al imaginarla lejos de él.

Había hecho todo por conquistarla y nada había dado resultado.

Sabía que tenía que pasar página, pero no podía, algo en él se negaba. Quería ver a Francis, y si era posible convencerla de que no se casara.

Así que calculó el tiempo que le tomaría terminar con el papeleo de la compañía y antes de las cinco de la tarde ya estaría más que libre para ir detrás de Francis.

Al llegar a la organizadora, se encontró de frente con Miranda. Estaba dejando unas fotografías sobre su escritorio y en cuanto sus ojos se fijaron en él, a Rogelio fue como si le doliera el pecho.

—¿Qué haces aquí? —Miranda lo sacó casi a rastras de la organizadora, cerrando la puerta detrás de ella.

—Quiero hablar con Francis.

Ella miró hacia el interior y luego a él.

—Francis no está, fue a su prueba de vestido.

—No necesitas mentirme, ¿está con Henry?

La mirada de angustia de ella se lo dijo todo. Y por muy sorprendente que le pareciera, en lo único que podía pensar era en la mujer que tenía frente a él. En ese momento detalló la figura de Miranda. Sus ojos negros detrás de las gafas y más abajo, los labios rosados. La imagen de aquella noche en el bar lo dejó perplejo. Ya no supo si estaba ahí por Francis o por probar de una buena vez los labios de esa mujer.

—Vayamos a la cafetería.

Miranda lo tomó del brazo y caminó delante de él para obligarlo a caminar. Su pequeña cintura se movía al ritmo de sus pasos dándole armas a su imaginación para pensar en lo que habría debajo de aquella falda de tubo negra.

Al doblar en la cuadra, Rogelio se detuvo de golpe y detuvo a Miranda por los brazos.

—No vayas tan rápido. ¿Crees que voy a entrar a montarle una escena a Francis? —Miranda lo miró apenada. Hizo una mueca con los labios que a Rogelio estuvo a punto de volverlo loco.

—Al menos no quería un momento incómodo entre Henry y tú.

Rogelio sonrió y ahora fue su turno de jalarla.

—Te agradezco, como recompensa te invito un café.

Cuando llegaron a la cafetería, Miranda era incapaz de mirarlo y Rogelio sospechaba que por la misma razón que él la miraba con más detenimiento. Se sentía tan fascinado viendo a esa mujer, que no podía dejar de sonreír.

—¿Se puede saber qué te causa tanta gracia?

Rogelio le dio un sorbo a su café, sin dejar de mirarla.

—No había notado que cuando frunces la nariz haces esa mueca, si esa que estás haciendo justo ahora —dijo dándole un toque en la punta de la nariz. A Miranda se le subieron los colores, un color que desde ese momento era su favorito.

Tal vez estaba precipitándose de nuevo y su fiel creencia en el amor lo estaba haciendo sufrir un enamoramiento. Pero de algo estaba seguro, es que lo que Miranda lo hacía sentir, jamás lo sintió con Francis.

—Estás diciendo tonterías —Miranda se levantó de la mesa y se ajustó la blusa de gasa.

—Espera.

—No, ya tengo que irme —dijo ella dándose la vuelta para salir de la cafetería.

Rogelio sacó los billetes del bolsillo de su pantalón y los dejó encima de

la mesa antes de ir detrás de ella. Se hizo a un lado cuando una mujer pasó delante de él y luego apresuró el paso para detener a Miranda del brazo.

—Espera, Mir.

Ella no se detuvo, caminaba rápido como si la estuviesen siguiendo los caballos del apocalipsis. Rogelio apresuró el paso. No podía dejar que Miranda se fuera sin comprobar una única cosa.

Cuando estuvo lo bastante cerca la detuvo del brazo y la giró de pronto, haciendo que su cabello soltara el olor de su perfume. El olor dulce floral, se le impregnó en la nariz. La sensación en su estómago se hizo mayor cuando los ojos negros de Miranda lo miraron. Era una mujer bellísima.

—No te puedes ir —susurró, al tiempo que le tomaba la cara entre las manos.

Miranda abrió los labios para replicar, pero él no pensaba dejarla decir ni una palabra.

—Voy a besarte —anunció. Ella negó—. Creo que sí.

Y luego, la besó. Sus labios se unieron en una suave caricia. Le pasó la mano por la espalda y la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo. Miranda olía delicioso, y tenía los labios más suaves que él había probado en su vida. El corazón se le disparó como locomotora y era consciente de una sola cosa, él podía volverse adicto a esos labios. Eran como una droga.

La gente que pasaba alrededor de ellos los miraba, pero a Rogelio le importaba muy poco, solo era capaz de preocuparse porque la mujer entre sus brazos se alejara de él.

Miranda se aferró a su cuello y con un suspiro se alejó de sus brazos para verle a los ojos.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella sin dejar de mirarlo.

—Porque no podía dejarte ir sin probar tus labios.

—¿Vas por ahí besando a las mujeres solo porque se te antojan sus labios? —arrugó el ceño molesta, y bajó los brazos de alrededor de su cuello. Sintió un vacío y anheló que volviera a abrazarlo.

—Es la primera vez que lo hago.

—Y la última.

Miranda se alejó más de él y se fue sin mirarlo. Esta vez no la detuvo, no por falta de ganas, sino porque necesitaba reconocer él mismo lo que sentía en ese momento por la bella mujer que se alejaba furiosa de aquel lugar.

Capítulo 3

El teléfono de Miranda se saturó de mensajes de *WhatsApp*. Bajó la barra de notificaciones. La mayoría eran mensajes de Francis, porque estaba preocupada por ella. Se había ido de la organizadora sin decir absolutamente nada y durante la tarde no había respondido ni un mensaje. Los siguientes mensajes eran de su hermano y su cuñada, preocupados porque Francis les había mandado mensaje a ellos. Sin embargo ninguno de esos mensajes era de Rogelio y aunque ella fue la que salió huyendo, le dolía no tener ni un mensaje de su parte.

Harta de sentirse de ese modo, se levantó del mueble encendió su grabadora y subió todo lo que le permitía el volumen y la paciencia de sus vecinos. La música de *Celia Cruz* inundó todo su piso y se puso a bailar mientras cocinaba para sentarse después frente al televisor y ponerse a moco tendido con una película romántica.

Se quedó dormida frente al televisor sin darse cuenta, hasta que el sonido del celular la despertó de un salto. La pantalla parpadeaba con el nombre de Francis. Se ajustó las gafas que se le habían movido y contestó.

—Me tienes, preocupada, Miranda Foster, ¿Dónde demonios estás? —la voz de Francis sonaba alterada, y preocupada. Pero gritaba demasiado para gusto de Miranda, por lo que se alejó el celular de la oreja.

—En mi casa, doña gritos —respondió como si tal cosa.

—Llevo marcándote desde la tarde, sabes que me pongo muy mal si no respondes el teléfono.

La culpabilidad le cimbró como un rayo a Miranda. Sabía que su mejor amiga tenía un trauma con contactar a las personas por celular. La muerte de su primer esposo era una sombra que la acompañaría toda la vida aunque ahora estuviera por casarse de nuevo.

—Lo siento, Francis, perdón por no responder tus mensajes ni tus llamadas. Me quedé dormida en el sofá —mintió un poco.

—¿Estas bien?

—Sí, no te preocupes más —miró el reloj encima de su televisor y se asombró de que eran casi las tres de la mañana—. Deberías estar durmiendo ahora mismo, tienes a un hombre al lado, y yo que tú no me despegas de él ni un segundo —bromeó.

—Ni me lo recuerdes, Bianca nos obligó a dormir separados durante esta semana hasta el día de la boda. Dice que es tradición y que no debemos ni tocarnos. Creo que me voy a volver loca.

Miranda soltó una carcajada.

—Ese hombre te trae loca, debe cogerte rico si estás a punto de perder la cabeza.

Esta vez fue el turno de Francis de reírse.

—Miranda, deja de estar de guarra, y mejor ya ve a dormir.

—Eso hacía hasta que llamaste.

—Okay, descansa y nos vemos mañana.

Miranda colgó la llamada y luego abrió sus mensajes. Tenía un *WhatsApp* de su hermano que le enviaba una fotografía de su sobrino. Parecía un angelito y suspiró nada más verlo. Contestó con unos emoticones de corazones en los ojos y luego pasó el siguiente mensaje. Eran los interminables mensajes de Francis. Como acababa de hablar con ella los ignoró y a continuación se detuvo en el número de Rogelio. Su última conexión había sido antes de la media noche y no le había mandado ni un mensaje. Se olvidó de su buen humor y tiró el teléfono sobre la mesita donde estaban los restos de su cena y tomó el control remoto para apagar la pantalla donde ya solo quedaba el menú de la película que había terminado. En otros tiempos, se habría levantado del mueble, se habría puesto su mejor vestido y se habría ido a algún bar a beber y a ligar con algún hombre hasta terminar en la cama teniendo sexo, porque así era Miranda Foster, al menos la que recordaba. En ese momento solo podía pensar en Rogelio y en lo cruel que eran las historias de amor.

Cuando se presentó a la organizadora al día siguiente, tenía una nota de Francis en la computadora. Ese día tenía su prueba de vestido así que no llegaría a trabajar. Se sentó frente al ordenador y comenzó a hacer publicidad en las redes sociales con las fotografías de los últimos eventos a los que habían asistido hasta que el sonido del móvil de viento la hizo apartar la mirada de la pantalla.

Rogelio estaba parado a un lado de la puerta con las manos en la espalda. Verlo le hizo llenarse de furia de nuevo, ¿cómo es que se presentaba así como así después de besarla la tarde pasada?

—Si buscas a Francis, lamento decirte que no vino a trabajar.

—¿Esta vez no vas a detenerme para que no vaya tras ella? —Miranda dejó de mirarlo y volvió la mirada a la pantalla.

—No soy tu niñera.

—Okay, Miranda, vengo porque somos adultos y tenemos que hablar de lo que pasó ayer.

—De lo que tú causaste ayer —respondió furiosa acusándolo con el dedo índice. Se levantó de su silla y se cruzó de brazos delante de él.

—Bueno, de lo que causé ayer.

—¿Es que te crees que puedes besarme solo porque se te antoja?

—No, pero estoy seguro de que te gustó ese beso.

Miranda bajó los brazos, y se sintió descubierta frente a él. El miedo de que supiera que le gustaba la puso aún más furiosa, porque no podía controlar los sentimientos que se desbordaban cada que lo veía.

—Mira, playboy, no me gusta que me besen sin consentimiento. De la próxima te engancho el puño en la cara.

Rogelio se echó a reír. Miranda volvió a cruzar los brazos en actitud de defensa.

—Te ves maravillosa cuando estás enojada.

Las mejillas de Miranda se encendieron, las sintió arder de vergüenza.

—¿Es que nunca te han golpeado? —él negó. Miranda se acercó retadora a él y levantó el puño. La sonrisa en los labios de Rogelio se congeló y sus ojos tomaron un brillo que le aflojó las piernas. No se parecía en nada al Rogelio tierno que conquistaba a Francis y aunque quisiese negarlo, ese Rogelio le atraía más. Le tomó de las muñecas deteniendo su golpe.

—Eres más ruda de lo que pensé. ¿Qué pasó con esa Miranda que me mandó a tomar mucha vitamina C, o con la que me abrió las puertas de su casa?

Miranda intentó liberar su mano, pero él la detuvo más fuerte.

—¿Qué pasó con el Rogelio tierno y detallista? Este que tengo delante de mí me parece un canalla engreído.

Rogelio sonrió sin soltarla. Luego la acercó a él y la tomó de la cintura, haciéndola soltar un gemido.

—En el fondo soy un bruto. Mis padres me educaron para ser un caballero, detallista, pero la sangre ranchera que corre por mis venas aflora de vez en cuando.

Miranda intentó alejarse de él. Necesitaba pensar, porque su cabeza en lo único que pensaba en ese momento era montarse a horcajadas sobre él y tumbarlo sobre la alfombra de la oficina.

De pronto, los labios de Rogelio estuvieron sobre los suyos y todas las ideas se disiparon de su cabeza. Se aferró a él, dejándose arrastrar por los

deseos de su corazón. Rogelio la levantó en brazos y se tiró con ella sobre el mueble de la sala. Le acarició los pechos y se dejó envolver por las sensaciones de sus manos. Cuando sintió que no podría controlarse más, se alejó de él y lo miró a los ojos.

—Aquí no —susurró con la respiración acelerada.

—Eso pensé —Rogelio se levantó, se metió la mano entre el pantalón para acomodar su erección y esperó a que ella apagara el ordenador para salir de la organizadora.

El viaje rumbo a casa de Rogelio fue en completo silencio. Miranda no se podía creer en lo que estaba a punto de hacer, y aunque intentaba engañar a su parte más racional, diciéndose que solo lo hacía para sacárselo de una buena vez de la cabeza, su corazón le decía otra cosa.

Cuando estacionaron frente al edificio, Rogelio la tomó de la mano y la guió por todo el estacionamiento hasta el elevador. Una vez adentro, la pegó contra la pared y volvió a besarla con esa pasión que le aflojaba las piernas. Metió la mano dentro de su blusa y levantó su falda negra para que lo rodeara con las piernas. El sonido de las puertas metálicas no los hizo separarse, y llevándola cargada, y entre besos caminó a la puerta de su piso y maniobró para abrir.

—¡Mierda! —murmuró sin poder abrir la puerta. Miranda se bajó de él entre risas y esperó a que abriera.

El piso de Rogelio era tan básico que le costó imaginárselo ahí dentro. Había un televisor frente a una pequeña salita de cuero, y en otro extremo una barra y una cocina integral. Al fondo supuso que era la habitación, porque era la única puerta que había.

Sintió las manos de Rogelio en la cintura y su aliento cálido sobre el cuello.

—Me voy a detener si me lo pides.

Ella se giró enarcando una ceja.

—Qué gran mentiroso, nadie se detiene.

—Pues yo sí —acto seguido la levantó de nuevo y la llevó hasta la habitación donde la dejó despacio sobre la cama. No tuvo tiempo para mirar más que al hombre que tenía sobre ella.

Rogelio se deshizo de su blusa, le quitó la falda y la dejó en ropa interior. La miró como si fuera la primera vez que veía a una mujer desnuda ante sus ojos, y las ganas de burlarse de él, le cosquillearon, hasta que Rogelio le abrió las piernas y enterró la cabeza. Las palabras se le quedaron atoradas en la

garganta. La levantó apenas por las caderas y luego comenzó a lamerle lento y largo, haciendo más presión en su clítoris. Se mordió los labios aguantando las ganas que tenía de gemir y gritar.

—¡Oh, por Dios! —gimió apretando las manos contra la sábana.

—Eres una blasfema —le reprochó Rogelio. Miranda levantó la cabeza para verlo y la imagen erótica de él entre sus piernas terminó por volverla loca. Él se saboreó los labios y regresó a su trabajo. Esta vez en lugar de las sábanas, Miranda le tomó del cabello mientras ramalazos de placer le recorrían todo el cuerpo. Se convulsionó sobre la cama, estiró las puntas de los pies y arqueó la espalda, sintiéndose explotar.

Rogelio se levantó, comenzó a desabotonarse la camisa, sin poder dejar de mirar a la estupenda mujer que tenía frente a él. Miranda lo miró en ese momento sonriente. Se levantó y se arrodilló en la cama para estar a su altura y ayudarlo con la camisa.

A pesar de ser delgado, Rogelio tenía unos músculos bien marcados y un abdomen sin un gramo de grasa. Tenía marcada la línea de la camisa por las interminables horas bajo el sol. Le pasó una mano por el abdomen, por el fino vello que empezaba en el pecho. Luego por las caderas de donde caían los vaqueros azules y se marcaban los músculos de su vientre.

—No me mires así —pidió él con la mirada cargada de deseo.

—¿Así como? —Rogelio le quitó las manos de encima y la pegó a él.

—Así como lo estás haciendo ahora —Miranda se alejó de él, se puso de rodillas sobre la cama, y apoyándose de los brazos bajó hasta su abdomen y desde ahí lo miró, llenando su cabeza de fantasías perversas.

Volvió a levantarse, y se ocupó de los pantalones. Rogelio cerró los ojos al sentir sus dedos sobre la cadera. Luego, ella le bajó el pantalón, llevándose el bóxer y dejándolo con el pene erguido frente a ella.

Tomándolo con las dos manos, se lo metió a la boca y comenzó a succionar sin darle tiempo para quejarse. Rogelio adelantó las caderas al ritmo que ella lo metía y sacaba de su boca. Y cuando no se sintió capaz para detenerse, la tomó del cabello y la tiró sobre la cama.

Se apoyó de los pies para sacarse el pantalón, y por poco tropieza con los zapatos. Tuvo que sentarse para quitárselos por completo y sacarse el pantalón. Luego subió a la cama y besó a Miranda con pasión, mientras tanteaba el cajón de su buró donde acostumbraba a guardar algún preservativo. Porque una cosa era esperar al amor de su vida y otra guardar celibato.

Se alejó un poco para colocarse el preservativo y después volvió a estar

entre las piernas delgadas y blancas de Miranda.

—Prometo que me voy a detener —le repitió él.

—Sigo pensando que eres un mentiroso —arguyó ella, apretando las piernas alrededor de sus caderas y empujándolo para que la penetrara. Rogelio metió una mano entre ellos y la empezó a penetrar lento y despacio para tormento de Miranda.

Estuvo con movimientos lentos hasta que su propio cuerpo lo apuró. Los gemidos de Miranda lo enloquecieron y cuando sintió los espasmos de su vagina, dejó que el orgasmo lo hiciera ir más rápido hasta tener su liberación.



Miranda abrió los ojos cuando escuchó el ruido de la licuadora y de la televisión. Enseguida, se percató que esa no era su habitación, porque no estaban sus cortinas color lila ni su tocador con la línea de fotografías pegadas en el espejo. Los recuerdos de la noche anterior le hicieron dar un salto sobre la cama, haciendo que la sábana que le cubría los pechos descendiera.

La habitación de Rogelio, en comparación con su sala y su cocina, era más moderna. Tenía una cama estilo King, con sábanas azules, y un tocador enorme con espejo completo. En el buró al lado de la cama, tenía una única fotografía donde estaba con su hermana pequeña. Ella montaba en su espalda y detrás de ellos se veía una enorme vista donde seguramente estaban en algún cerro o montaña. El closet era de doble puerta y seguramente el baño sería otro lujo de Rogelio Sambrano. Era como si su habitación fuera su área especial.

Buscó su ropa con la mirada, pero no la encontró, solo había una de las camisas de Rogelio en una silla, al lado de la ventana y su bolso. Se levantó, para meterse en la camisa, y desde ahí, tuvo una vista espectacular. La ciudad empezaba a despertar y los rayos del sol se escabullían entre las nubes. No tenía idea de la hora que era, pero estaba segura que era la hora más bonita del día.

Se sentía plena a pesar de lo que implicaba su situación con Rogelio. No eran pareja y tal vez él ni siquiera sintiera algo por ella. Trató de mentirse como otras tantas veces que no le importaba, porque ese era su estilo, sexo sin compromiso y sólo por compañía, pero el corazón le latía desbocado cuando recordaba la manera en que le había hecho el amor.

Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos y se bajó un poco la camisa que le llegaba a la mitad de las piernas. Luego se encaminó hasta la

sala. Una vez ahí, el ruido del televisor fue más fuerte, escuchaba a un hombre hablar sobre la manera de freír el pollo solo para sellarlo. Cuando salió por completo, Rogelio estaba detrás de la barra de su cocina y miraba la televisión al tiempo que tenía el pollo en el sartén y trataba de seguirle el ritmo al chef.

Se quedó mirando aquella escena, sintiendo que los ojos le escocían de la emoción. De repente Rogelio se percató de su presencia y la sonrisa que le regaló fue su perdición.

«Oh, no, esa sonrisa no», pensó, esa era su ruina.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, guapetón —respondió yendo hacia él. Rogelio la miró de pies a cabeza, deteniéndose más de la cuenta en sus senos que sobresalían del cuello sin abotonar y en sus piernas que apenas cubría la camisa—, ¿qué sucede? —susurró coqueta, deteniéndose en la entrada de la cocina, mientras se apoyaba de la puerta y cruzaba las piernas con una mano en la cintura.

—Cuando dejé esa camisa en la silla para ti, no sabía que estaba cavando mi propia tumba —Rogelio dejó el tenedor y bajó al fuego antes de acercarse.

—¿Ah, sí?

Él movió la cabeza sin dejar de mirarla, luego le tomó de la cintura y la levantó en brazos para dejarla sobre la barra y apoderarse de sus labios.

—Te ves divina con esa camisa.

Miranda sonrió.

—Lo normal, es algo que sucede todos los días.

Rogelio dejó escapar una sonrisa.

—Cuánta vanidad, Miranda Foster.

—Dime lo contrario.

Rogelio volvió a besarla. El beso subió de intensidad hasta que desearon hacerlo ahí mismo en la cocina, en la sala y en todas las partes de la casa, pero fue el olor del pollo friéndose lo que los hizo volver a la realidad.

—Como no te alejes de mí, no tendremos un desayuno decente.

Miranda le dio un último beso antes de dejarlo moverse por la cocina.

Cuando terminaron de desayunar, Miranda se vistió con la ropa que ya estaba lavada y planchada gracias a Rogelio, quien resultó ser todo un experto en los deberes domésticos. Y antes de las diez de la mañana, la dejó en la organizadora porque ahí estaba su auto. Para tranquilidad de Miranda, Francis aun no llegaba, así que tomó su auto y fue a casa antes de toparse con ella y que la sometiera a un interrogatorio, del por qué su auto estaba ahí y ella no.

Capítulo 4

Miranda se concentró en la boda de su mejor amiga, los días que siguieron a su noche con Rogelio. Apenas se mandaban mensajes durante el día, pero siempre terminaban viéndose por la noche. Si no era ella la que iba a su casa, era él quien la visitaba. Se entregaban por completo, experimentaban posiciones y descubrió que no era lo mismo el sexo cuando no había sentimientos de por medio. Los sentimientos por él se volvían más fuertes y aunque en la cama era todo maravillas, en el fondo estaba llena de pánico.

Rogelio pareció darse cuenta, esa noche cuando pasó a recogerla y la llevó a su departamento. Se sentaron en el mueble a ver una película de las románticas que tanto adoraba Miranda, pero al verla tan distraída, decidió interrogarla.

—¿Un dólar por tus pensamientos? —Miranda levantó la mirada de la televisión que obviamente no veía y puso una cara de confusión que terminó por darle la razón—. ¿Qué sucede?

—No es nada, solo pensaba en mi hermano y su bebé —mintió, porque no estaba dispuesta a decirle que se estaba enamorando de él y que eso le daba miedo.

—No me has presentado a tu hermano.

—¿Y es necesario? —preguntó levantándose del mueble para poner otra bolsa de palomitas en el microondas.

—Sólo cuando tú lo creas necesario.

Ella no respondió, y esperó hasta que el ruido del microondas le indicó que estaban listas las palomitas para volver a su lado.

—Conoces a mi hermana Renata, así que como compensación deberías presentarme a tu hermano.

Ella negó con la cabeza antes de llevarse una palomita a la boca y sonreír.

—¿Crees que te lo mereces?

—¿Y por qué no? —refutó él, arrebatándole la bolsa.

—Porque eres un canalla que va besando a mujeres por antojo, por eso, no puedo presentarte a mi hermano, es capaz de romperte los huesos si se entera.

—No tenemos por qué decirle.

—Va a preguntar.

—Entonces dile que soy tu novio.

Miranda dejó de masticar, sintiendo como el corazón le latía más rápido.

—Eso ya no se usa —dijo tratando de olvidar lo que él acababa de decir.

—Pues a pesar de ser un bruto, tengo ciertas costumbres, y a pesar de que me las salteé un poco, no estoy dispuesto a que suceda de nuevo.

Miranda no supo que responder así que recurrió a su careta de mujer fatal para evadir su pregunta.

—Eso no va conmigo, guapo, sabes que me gustan las relaciones sin compromiso.

Rogelio dejó las palomitas en la mesa frente a ellos.

—Vas a tener que aguantar mi caballerosidad y mi compromiso.

—¿Qué se supone que seremos cuando le pongas etiqueta a lo que tenemos?

Rogelio sonrió coqueto.

—Pues seremos novios, pareja, amantes o como quieras llamarle. Te mandaré mensajes todos los días, te llamaré porque no podré pasar un día sin escuchar tu voz, y tendremos citas, a la antigua, te llevaré a cenar, te compraré flores y te llenaré de besos en cada momento.

Miranda no pudo evitar desear cada una de las cosas que decía, aunque el pánico no dejaba de meterse entre sus pensamientos.

—Qué cursi.

—Y por si eso no basta, te prepararé desayuno todos los días cuando estés conmigo y te haré el amor sobre esa cama —dijo señalando la habitación—, para que no desees salir nunca de aquí.

—¿Eso es una declaración?

Rogelio le tomó la cara entre las manos y le dio un beso suave en los labios, luego volvió a alejarse de ella.

—Sólo si tú quieres que lo sea.

Las manos le temblaron a Miranda. Y los labios, le escocieron por volver a besarlo con ternura. No respondió en ese momento, y en cuanto la película terminó, salió huyendo de casa de Rogelio, porque era una cobarde que estaba completamente enamorada y no podía con una relación formal por miedo a que no funcionara.

No respondió a sus mensajes ese día, ni los siguientes días que siguieron a ese. Decidió meterse por completo en los preparativos de la boda y olvidarse que era una tonta sin remedio.

Dos días después de alejarse de él, el destino estaba empeñado a ponérselo enfrente. Mientras salía del centro comercial, después de escoger el

regalo de bodas de Francis, lo vio saliendo de un restaurante. Iba acompañado de otros hombres. Esquivarlo fue inevitable. Tuvo que quedarse de pie, mientras el caminaba hacia ella. Los hombres siguieron de largo, pero él se quedó de pie, mirándola con una sonrisa en la cara.

—Te ves preciosa.

No era lo que esperaba que dijera al encontrárselo.

—Tu tampoco te ves mal.

—¿Vas a seguir fingiendo que somos desconocidos? —Miranda negó con la cabeza—. Menos mal, porque no sabes las ganas que tengo de besarte.

Rogelio se acercó a ella, le tomó la cara entre las manos y la besó con toda la pasión que sentía. Las piernas de Miranda apenas la sostuvieron. Quería perderse en sus brazos. Dejar los miedos que sentía y aceptar que podía tener una relación más allá del sexo con él.

Llegaron a casa en un hervidero de pasión. Se hicieron el amor como locos, por todos esos días que habían pasado alejados. Al despertar de nuevo en su cama, y entre sus brazos fue el mejor momento de toda su vida. Rogelio estaba dormido, le tenía una pierna encima y uno de los brazos encima del pecho.

Dormido su cara parecía tan relajada y sin preocupaciones. Se quitó despacio de su lado y salió de la cama, porque ese día quería ser ella la que lo consintiera. Se metió en la cocina con una de sus camisas puestas y encendió la televisión en el canal de música antes de ponerse a cocinar.

Celia Cruz sonaba y ella se movía al ritmo. Un segundo después cantaba a todo pulmón.

—Qué bien bailas —Miranda dio un brinco en su lugar. Rogelio estaba apoyado de la puerta de la cocina mirándola bailar con un cucharón en la mano.

—¿Quieres unirte?

Él se quedó mirándola un momento.

—Me temo que tendré que decir que no. Prefiero verte bailar.

—Qué poco espíritu rumbero —se quejó yendo hacia él.

Rogelio se echó a reír.

—Pensaba consentirte hoy. Tenía planeado un día solo para nosotros, pero veo que te me adelantaste.

—¿Hablas de esto? —dijo levantando el cucharón—. Es mejor que no te fíes. Soy pésima en la cocina.

Rogelio la tomó de la cintura y la pegó a él para besarla.

—Tengamos una cita. Iremos a comer, luego al cine y al final, daremos un paseo por la playa.

—¿Tienes todo planeado?

—En realidad lo acabo de organizar en este momento. Quiero que tengamos un día común de pareja.

—No vas a convencerme de ese modo.

—Yo creo que sí.

Rogelio la levantó del suelo y la cargó sobre su hombro para llevarla a la cama.

—Entre más rápido estés lista, mejor.

Luego salió dejándola sola.

Media hora más tarde, caminaban por el parque con ropa deportiva. Miranda llevaba varios años yendo a correr al parque, en primera porque era una buena manera de sacar el estrés acumulado y en segunda, porque le gustaba mantenerse en forma, sin embargo, Rogelio venía detrás de ella cesando como si fuera a morir.

—Esta no era mi idea de cita romántica —se quejó él deteniéndose, mientras apoyaba las manos en las rodillas y tomaba aliento.

Miranda aprovechó para estirar los brazos y hacer flexiones.

—Bueno, tú tenías los planes pero yo también tengo los míos. Así que muévete que todavía nos faltan tres vueltas más.

Le palmeó el hombro y lo empujó para que avanzara, antes de dejarlo atrás.

Rogelio la detuvo del brazo.

—¿Segura que no quieres desayunar primero?

—Esa era mi intención, pero como me hiciste salir de la cocina para tener una cita, es lo que hay.

—Quieres matarme, mi corazón no va a aguantar más.

—Sí que puede. Es más, te daré un premio si me alcanzas.

Él sonrió coqueto, poniendo más interés a sus palabras.

—¿Y cuál es?

Miranda abrió las piernas, bajó los brazos por las rodillas hasta tocarse los pies, y se estiró, dándole una vista de su trasero a Rogelio.

—Tengo una flexibilidad que no hemos puesto en práctica.

—Juro por mi vida que voy a alcanzarte.

—Ya lo veremos.

Miranda emprendió la carrera, mientras Rogelio corría detrás de ella.

Parecía el coyote detrás del correccaminos, pero cuando logró alcanzarla, la besó como si no hubiese un mañana.

Cuando se sentaron a desayunar, nada más les pusieron los huevos y el beicon enfrente, Rogelio comenzó a comer como si no hubiera comido en tres días.

—¿Y qué más tienes pensando para torturarme? —se quejó él sin dejar de comer.

—Nos iremos de rumba esta noche.

—¿No te cansas nunca? —ella negó sonriente.

—Por lo general me la paso de fiesta, aunque las he dejado un poco.

—Tengo una condición para irnos de rumba. Mañana desayunaremos en mi lugar favorito.

—Trato hecho, con otra condición.

—¿Cuál?

—Volveremos hasta que la fiesta se acabe.

—Dios tenga piedad de mi alma.

Miranda sonrió antes de dar otro bocado a su comida.



Las luces del pub dejaron un poco mareada a Miranda. Hacía días que no salía de fiesta y aceptaba que esa de irse a desvelar ya no estaba yendo con ella. Se había puesto unas zapatillas negras y un vestido rojo holgado que acentuaba su figura, pero que la hacía sentir condenadamente incómoda.

Rogelio la acompañó hasta una de las mesas antes de ir por algo para beber. De pronto la salsa romántica comenzó a sonar y Rogelio regresó a su lado.

—Esto si me apetece bailar contigo.

La llevó hasta donde estaba la pista a pesar de que había poca gente bailando. La tomó de la cintura y la pegó a él para moverla al ritmo de la música.

La voz de Fonseca inundó todo el club.

Donde me digas voy, donde quieras estoy. Eres la única que mueve mis sentidos por eso te quiero. Y eres mi adoración oye tu eres mi sol, cosita linda tu sonrisa me transforma y me lleva al cielo. Por tus ojos me muero, daría la vuelta al mundo entero. Y eres la razón de mis cuentos. Doy gracias

al cielo por poder quererte como yo te quiero.

Rogelio pegó su frente a la de ella y la besó despacio olvidándose de la gente que los rodeaba.

—Acéptame en tu vida, Mir. Permíteme ser el hombre que se levante a correr todos los días como loco detrás de ti.

Miranda dejó escapar una risita al escucharlo.

—¿Y qué va a pasar cuando no quieras correr?

—¿Por qué estás tan segura que será de esa forma? —ella se alzó de hombros antes de mirarlo a la cara.

—Porque eso pasa... las relaciones no son perfectas.

—Pues claro que no —susurró él—. Alguien me dijo alguna vez que todas las relaciones tienen sus ratos amargos, pero estos no pueden durar demasiado, porque entonces la relación se amarga también.

Miranda se abrazó a él, porque quería creerle, aceptar que podía amarla. Que su boleto de lotería premiado era él y que podía ser tan feliz como siempre quiso.

—Voy a confiar en ti.

—Claro, si no confías en un bailarín de salsa, ¿en quién lo harás?

Rogelio la levantó en brazos para besarla. Mientras ella se aferraba con fuerza a sus brazos.

—Si me dejas caer te mato —le susurró.

—¿Es una amenaza doble? —ella asintió—. Entendido.

Capítulo 5

Rogelio entendió, en el momento que despertó y la vio dormida a su lado, que lo que sentía por ella era amor. Miranda había pasado la noche con él, habían hecho el amor y se habían dormido hasta muy tarde. Por eso se levantó y pensó en un desayuno nutritivo para empezar el día.

Mientras se ponía el bóxer para salir de la habitación, su teléfono comenzó a sonar, deteniendo sus intenciones.

—Buenos días —respondió.

—Tenemos serios problemas, uno de los ductos se rompió y necesitamos que estés acá a la voz de ya.

Rogelio se alejó un poco el teléfono del oído. La voz de Carlos, el ingeniero encargado, era desesperada.

—No tengo planeada la salida hasta dentro de tres días, no me entregan los papeles que faltan aún.

Escuchó a Miranda moverse sobre la cama. Apenas se giró a verla antes de alejarse de la habitación.

—No, y no —respondió tajante—. Era tu responsabilidad. Les dije que no empezaran hasta tener los ultrasonidos.

Colgó la llamada antes de dejarse caer en el mueble. Un segundo después, Miranda salió de la habitación en ropa interior, para plantarse frente a él.

—Vas a irte —dijo, con un deje de reproche que lo llenó de pánico.

—El traslado de la compañía terminó hace dos semanas. Iba a hablar contigo sobre eso.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no pensé que fuese importante, sólo serán un par de meses. Y estaré de vuelta...

Miranda levantó una mano para callarlo.

—¿Qué no es importante? ¿Cómo pensabas llevar una relación a distancia? Me hubieses dicho que solo estarías aquí un tiempo, que lo de nosotros iba a ser temporal porque no pensabas quedarte.

Rogelio se levantó para ir detrás de ella. La amaba y no podía dejar que malinterpretara las cosas. Jamás en su vida había tenido tanto miedo de perder algo como en ese momento.

—Mir, no es lo que crees. Si no te hablé de mi cambio a Montana fue

porque...

—Porque no pensaste que esto fuese a llegar tan lejos.

—Sí, noooo, no es así.

—No tienes que darme explicaciones. Puedes irte tranquilo, lo que tuvimos fue algo bonito mientras duró.

Miranda se alejó y se encerró en la habitación sin darle tiempo para hablar. Cuando abrió la puerta de nuevo, iba sobre sus tacones negros, un pantalón azul, una blusa de gasa blanca y los condenados lentes que le hacían ver inalcanzable.

—Miranda, déjame hablar —ella no se detuvo—. ¡Miranda! —le gritó antes de que abriera la puerta—. Voy a irme hoy a Montana. Tengo que hacerlo. Sólo te pido que me esperes, que confíes en nosotros.

—La vida es muy corta —fue lo único que respondió antes de salir.

Rogelio se quedó viendo como la mujer que amaba se iba dejándolo atrás. Se aguantó las ganas de mandar todo a la mierda y correr tras el amor de su vida. Pero la realidad era algo cruel e injusta, porque el teléfono volvió a sonar y minutos después tomó sus maletas para cumplir con la responsabilidad que tenía. No podía dejar que su compañía se hundiera. Era el trabajo de toda su vida y la de su familia.



Miranda amaba su boleto de lotería premiado. Pero entendía que no podía estar a su lado para siempre. Si él se iba a Montana y volvía, aceptaría que el amor que se tenían era verdadero. Pero no quería hacerse ilusiones con algo que quizá solo era pasajero. Las relaciones que empezaban rápido, tenían un final bastante rápido. Su opinión por el amor nunca había sido buena y en ese momento reafirmaba su posición. No todas las personas tenían la dicha de tener una historia de amor de cuento de hadas.

Rogelio no le mandó mensajes esa tarde. Tampoco el día siguiente y sólo supo de él, gracias a las redes sociales. Francis notó su ausencia todos esos días, porque pasaba más tiempo de lo normal pegada al teléfono, pero jamás hizo alguna pregunta.

Trató de cargarse del trabajo toda esa semana que tenía por delante para olvidarse que tenía los sentimientos a flor de piel y que estaba irremediablemente enamorada de Rogelio Sambrano. Cosa que no funcionó. Abrió muchas veces el *WhatsApp* para mandarle mensaje, pero en el último

momento se arrepintió.

Igual que en ese momento. Mientras Francis se miraba en el espejo, con el vestido de novia, ella abrió y cerró la aplicación antes de soltarle toda la verdad a su amiga.

Al entrar y verla tan hermosa, la emoción pudo más que ella.

—Eres la novia más preciosa que he visto.

—Eso lo dices porque eres mi mejor amiga.

La tomó de las manos y la ayudó a bajar de la tarima en la que estaba. La felicidad se le notaba a Francis en toda la cara. Y agradecía que por fin fuese feliz. La había visto sufrir todos los días desde la muerte de su primer esposo, que pensó que jamás volvería a verle esa sonrisa en la cara.

—Francis, tengo algo que confesarte —dijo no aguantando más ella misma lo que sentía.

—No me salgas con tragedias antes de mi boda.

Miranda le dio un pequeño golpe en el brazo.

—Es una tragedia horrible, sucedió sin que yo pudiera hacer nada.

La cara de Francis pasó de ser broma a una de completo susto.

—Por favor, Mir...

—Estoy enamorada.

El aire se le escapó de los pulmones a la novia. Miranda sonrió sintiéndose aliviada de haberlo dicho.

—¿Quieres matarme del susto? —se quejó Francis—, ¿y se puede saber quién es el domador de fieras?

Miranda se quedó callada. Luego dejó escapar un suspiro antes de hablar.

—Ahí viene el problema.

—No veo el problema.

—Se trata de Rogelio.

—¿Rogelio?

—Sí, tu Rogelio.

Francis arrugó la cara.

—No es mi Rogelio.

—Bueno, el Rogelio que conoces.

—Oh, Miranda —dijo rodeándola con los brazos—. Ese chico se merece a una mujer maravillosa en su vida, y si esa mujer eres tú, yo no podría ser más feliz.

Miranda se abrazó a ella con más fuerza. Reconocer en voz alta que amaba a Rogelio Sambrano era algo liberador.

—El primer hombre del que me enamoro y tengo un pánico horrible.

—Cualquier hombre que te conozca sería muy idiota si no se enamora de ti.

—Pues al parecer la idiota soy yo. Se fue a Montana.

—¿Y vas a dejarlo ir así nada más?

Los ojos de Miranda se aguaron. Francis que jamás había visto enamorada a su amiga, se volvió loca de la emoción.

—Ve tras ese hombre, busca tu felicidad, y si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. No dejes que se vaya.

—Lamento interrumpirlas —la suegra de Francis se asomó por la puerta. Y cortó las palabras al verla tan bella con su vestido de novia—, pero mi jardín está lleno de gente y... Ay, Dios, te ves divina.

De pronto, Miranda fue consciente de que la vida no iba a darle todo en bandeja de plata. Francis tenía razón, debía buscar su felicidad. Abrió la aplicación de vuelos desde su celular y reservó el primer boleto a Montana que estuviera disponible. Después alcanzó a Francis antes de que empezara la ceremonia.

—Perdóname, Frank, pero tengo que irme.

Francis ensanchó la sonrisa al escucharla.

—No voy a perdonarte si dejas escapar al amor de tu vida.

—Oh, mierda, debo estar loca.

Miranda le dio dos besos en la mejilla y corrió a casa por sus documentos antes de ir al aeropuerto. Fue el viaje más largo de su vida. Contó los minutos hasta que pudo bajar del avión sin tener la menor idea de hacia dónde ir. Sólo podía pensar en que si ella no tomaba al toro por los cuernos, posiblemente la felicidad se escapara de sus manos sin haber hecho algo.

Mientras intentaba buscar transporte, buscó el número de la hermana de Rogelio para pedirle la dirección. El teléfono timbró una vez, dos veces sin tener respuestas. Su suerte no podía ser tan mala. Volvió a intentarlo, esperando que sonara antes de darse por vencida.

Cuando pensó que debía dejar de hacer locuras y llamarle de una buena vez y dejar de darle sorpresas, el destino le demostró una vez más que Rogelio Sambrano era el amor de su vida. Estaba a varios metros delante de ella. Iba con el teléfono pegado a la oreja mientras buscaba en el aeropuerto como un loco.

De pronto sus miradas se cruzaron, Rogelio colgó el teléfono y corrió hasta ella para abrazarla con fuerza. Estar de nuevo entre sus brazos fue como

volver a su hogar. Lo amaba como nunca antes había amado. Era su primer amor, su boleto premiado.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó alejándose para verle a la cara.

—Francis me llamó.

—Oh, y yo pensé que era el destino.

Rogelio soltó una carcajada, antes de llenarla de besos.

—A veces el destino necesita una ayudita.

Miranda se aferró a él de nuevo. Lo abrazó deseando que jamás se fuera de su lado.

—Sólo he venido a decirte que vayas preparando la mejor ropa deportiva que tengas, porque voy a hacerte correr todos los días por la mañana.

—¿Es una amenaza? —Miranda asintió.

—No vas a escapar de mí tan fácilmente.

—Por un beso tuyo, soy capaz de correr hasta el **fin** del mundo.

Agradecimientos

Antes que nada, gracias a Dios por permitirme un logro más. Así también a mi querida Sheila, por su invaluable ayuda, porque me regala de su tiempo, por soportar mis locuras y tenerme paciencia. Gemela de mi corazón, no sé qué haría sin ti.

Gracias también a mi bella Candis Benítez, por hacerme tan maravillosa portada y regalarme su valioso tiempo. Sé lo complicado que es tu día. Y como siempre a Paola Noguera por responder mis dudas con amabilidad. Nunca me cansaré de agradeceréte.

Gracias a ti, lector, por darme de nuevo una oportunidad. Por permitirme mostrarte esta pequeña historia. Siempre te estaré agradecida de que me dejes entrar en tu mundo.

Danperjaz L. J.

Sobre el autor:

Danperjaz L. J. es el seudónimo de la escritora mexicana Lirio Judith Aguilar Jiménez. Nació el 5 de diciembre de 1993, en Las Choapas, un rinconcito del estado de Veracruz, en México.

Es amante del romance contemporáneo, histórico, y en esencia, de todo tipo de romance. Adora la ciencia ficción. Comenzó a escribir en una página de fanfics y después se animó a escribir su primera novela romántica original, aunque no pasó de ser un borrador en computadora.

Ha colaborado en la antología de “Microrrelatos de Libripedia” con el microrrelato “Elemento” y en la revista digital “El narratorio blog” con el cuento “Lo hago porque te amo”, en 2018 publicó su primera novela “Permíteme amar otra vez” con Nou Editorial para la colección Noweame. Ha participado en la Antología Venus, antología romántica y en Quasar antología CI.FI, de la misma editorial con el relato de ciencia ficción “El fin justifica los medios”.

Facebook: danperjaz.lj.

Correo: Danperjaz@hotmail.com